

Hacia una nueva *Weltanschauung*. Socialismo y democracia en el cambio político y cultural de Alemania (1918-1919)¹

por José Ramón Díez Espinosa
(Universidad de Valladolid)

1. No es el objetivo de estas páginas hacer un estudio de la *novemberrevolution*. Inmerso el autor en un proyecto de revisión historiográfica y tratamiento de una historia social de la República de Weimar, se ha procurado en esta ocasión plantear el nacimiento de la República sólo como exponente del deseo de cambio político y cultural entre los alemanes de la postguerra; deliberadamente, además, se omiten referencias a cuestiones relacionadas con el proceso de cambio, como el espartaquismo o el movimiento consejista (Eisner, Landauer, Wolffheim, Laufenberg), pero que, en el contexto de este artículo, no invalidan, así lo creemos, su virtualidad.

No obstante lo anterior, nos resistimos a obviar algunos títulos generales y recientes sobre la República: R. KUHNL, *La República de Weimar*. Edic. Alfons el Magnánim 1991. (Ed. original, 1985); R. THALMANN, *La République de Weimar*. P. U. F., 1986; A. LANGE, *Berlin in der Weimarer Republik*, Berlin, 1987; E. KOLB, *Die Weimarer Republik*. Munich, 1984; D. J. K. PEUKERTD, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne*. Frankfurt, 1987.

«... esto es algo más que una guerra perdida. Un mundo ha llegado a su fin. Debemos buscar una solución radical a nuestros problemas».

(Walter Gropius)²

El Káiser Guillermo II no hizo en solitario el obligado viaje del exilio. Para millones de alemanes, entre ellos Walter Gropius, la proclamación de la República no se limitaba al cambio político al frente del Reich Alemán. La revolución de noviembre era la expresión de la derrota, y ésta no se reducía por entoces al fracaso de la ofensiva militar alemana o a la pérdida de la sólida posición del capital e intereses económicos germanos en Europa y ultramar. Noviembre de 1918 representa, además y sobre todo, el inequívoco derrumbamiento de una *Weltanschauung* —concepción del mundo— cimentada y vigente desde la centuria anterior. Rethondes se convirtió en símbolo de derrota y humillación, y marcó de manera indeleble el corazón y la mente de la población germana; en el corazón de los alemanes, la firma del armisticio evocaba unánimemente una dolorosa imagen —con aquella rúbrica la nación se vio despojada de las charreteras de los uniformes—; pero, en la mente de casi todos, bajo el símbolo del acuerdo político subyacía una realidad incuestionable: más allá del cese de las hostilidades, fue en Rethondes donde se dictó sentencia condenatoria para las señas de identidad alemana en los últimos cincuenta años de vida unitaria. La magnitud de la derrota era incomparable. Por ello, la *República de Noviembre* asumió el proyecto de regeneración política y cultural alemanas. La República debía ser la respuesta a la apremiante necesidad de una resucitada humanidad, y el socialismo su espíritu renovador. La lucha por la instauración de un ideario de futuro y su proyección en el conjunto social informa la trama de la inmediata postguerra en Alemania.

* * *

De manera análoga a otros países, la Gran Guerra actuó como un notable acelerador de cambios en la conciencia alemana. Saludada por casi todos al principio y denostada con igual intensidad después, la contienda de 1914-1918 precipita a la humanidad al umbral de un nuevo mundo³. El caso alemán, en concreto, refleja con

2. W. GROPIUS, *Scope of Total Architecture*. (1962 ed.) 19. Las experiencias humanas de Walter Gropius en el frente y sus actitudes hacia los nuevos tiempos han sido recogidos parcialmente por A. MAHLER-WERFEL, *Mi vida* (Mein leben). Tusquets Edit. 4 ed. 1987, especialmente pp. 86-133. Estando en prensa este artículo, han aparecido las Memorias de G. Grosz, *Un sí menor y un no mayor*. Ed. Anaya y Mario Muchnik, 1991. Sobre la experiencia bélica, pp. 125-142.

3. Uno de los más recientes análisis sobre la guerra y sus repercusiones intelectuales en el conjunto occidental puede hallarse en ROLAND N. STROMBERG, *Historia Intelectual Europea desde 1789*, Ed. Debate, 1990, especialmente pp. 335-355.

De manera más concreta, en el interior del territorio alemán, la creencia en el momento crítico y sus manifestaciones ha sido tratado, entre otros, en A. PHELAN (ed.), *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*. Ed. Alfons el Magnanim, 1990; M. STARK (ed.), *Deutsche Intellektuelle 1910-1933. Aufrufe, Pamphlete, Betrachtungen*. Heidelberg, 1984. S. REINHARDT, *Lesebuch Weimarer Republik. Deutsche Schriftsteller und ihr Staat*, Berlin, 1982. L. RICHARD, *D'une apocalypse à*

nitidez la tendencia de unos líderes espirituales europeos que demudaron su actitud hacia la guerra con la prolongación de las hostilidades: orgullosos de la empresa ofensiva y colaboradores inestimables de la obra propagandística guillermina⁴, el destino incierto de la guerra y el elevado coste social de la misma hicieron mella en sus creencias y aspiraciones. No es extraño verles a partir de 1917 apearse casi abrumadoramente del carro de los vencedores y hacer de la sociedad burguesa guillermina —de sus cánones, valores y estereotipos— el centro de una acerada crítica, y asumir, en muchos casos, un comprometido protagonismo en la construcción de un nuevo sistema de convivencia. Así sucede con motivo de la *novemberrevolution*, en una generalizada actitud sólo superada por la unánime resistencia mostrada en los años 30 a la dominación nacionalsocialista⁵. La élite cultural atacó los cimientos de la sociedad que le había creado y muy pocos artistas, pensadores o escritores se aprestaron a salvar algo del naufragio de 1914; de una u otra manera todos confiaron la apremiante reconstrucción a la República Democrática Alemana.

ALEMANIA ENTRE DOS MUNDOS. EL CONFLICTO GENERACIONAL

En las postrimerías del conflicto armado, especialmente en el otoño de 1918, los intelectuales alemanes aprehendieron la singularidad del momento histórico. Casi unánimemente hicieron coro en torno al movimiento revolucionario al que asistían. La Gran Guerra había creado un estado de ánimo apocalíptico que les deparaba la posibilidad de convertir sus ideales éticos en una realidad política. Sólo unos pocos prefirieron permanecer en la periferia de la sociedad y, desde su privilegiada posición, otear la evolución inmediata de la joven República⁶: por otra parte, un elenco más nutrido de pensadores se pronunció por una activa y directa participación en las cuestiones del Estado, y creyeron, sobre todo tras la dolorosa experiencia bélica, que su compromiso político era una extensión ineludible, a la vez que necesaria, de sus intereses intelectuales. En palabras de Ernst Toller⁷:

l'aautre. Sur l'Allemagne et ses productions intellectuelles de Guillaume II aux années vingt, U.G.E., col. 10-18, Paris 1976.

4. Véase A. PIZARROSO QUINTERO, *Historia de la propaganda. Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra*, pp. 230-234. Eudema 1990. Como testimonios significativos del valor purificador concedido a la contienda pueden consultarse, entre otros, los planteamientos iniciales de H. HESSE, *El artista a los combatientes* (diciembre de 1914), *De nuevo en Alemania* (octubre de 1915), *A los pacientes* (noviembre de 1915), o *Psicología de un soldado* (12 diciembre 1915). En todo caso, la atracción de la guerra de conquista y las alabanzas hacia el autoritarismo prusiano tienen su más celebrado exponente en T. MANN, *Consideraciones de un apolítico* (1915-1918).

5. JAMES D. WILKINSON, *La resistencia intelectual en Europa*, p. 141. Fondo de Cultura Económico, 1989. Las convicciones democráticas y el comportamiento de lucha ante el avance y dominio nacionalsocialista han sido tratadas ya en A. COMBES, M. VANOOSTHUYSE, I. VODOZ, *Nazisme & antinazisme dans la littérature & l'art allemands (1920-1945)*. Presses Universitaires de Lille, 1986; L. RICHARD, *Nazisme et littérature*, Maspero, Paris 1971 (Trad. castellana *nazismo y literatura*, Granica Ed., Buenos Aires 1972), *Le nazisme et la culture*, Paspero, Paris, 1978.

6. A este respecto se advertía desde tribunas muy concretas que «un hacha es un hacha y con ella se puede cortar madera o, también, cabezas. Un reloj o un barómetro, en cambio, tienen otras funciones, y si con ellos pretendemos cortar leña o cabezas, se romperán sin que nadie haya obtenido provecho alguno... el poeta sólo tiene un valor y sólo merece que se le tome en serio si no se vende y no permite abusos con él». H. HESSE, «Carta a un comunista», en *Escritos políticos. 1914-1932*. Bruguera, Barcelona 1981, 3 ed., p. 247.

7. E. TOLLER, *Una Juventud en Alemania*. Muchnik Editores, 1987, Trad. P. Sorozábal Serrano, p. 78.

«Precisamente aquellos de nosotros que hemos vivido la guerra en los frentes nos sentimos doblemente comprometidos a no desviarnos de nuestro camino... Para nosotros, política significa sentir y actuar corresponsablemente en pro del destino de nuestro país. Aquel que no cumpla esta misión, allá él con su conciencia. Sólo hay una moralidad, y ésta vale para toda la humanidad. Sólo hay un espíritu y éste vive en la humanidad».

De una u otra manera, los intelectuales alemanes, no obstante, se consideraron siempre testigos y protagonistas del alumbramiento de una nueva era. De los sufrimientos de cuatro años de destrucción y desastre se trascendió a la proclamación de un mundo nuevo. La derrota alemana podía servir de detonante de la ruptura con el pasado, acicate para la limpieza de un orden anquilosado, y cincel en la construcción de una renovada experiencia comunitaria. La República debería encauzar estos sentimientos y condenar al olvido la amargura de la guerra.

Con estos fundamentos, y en el contexto de la *novemberrevolution*, un amplísimo movimiento creador, sin precedente en la historia nacional, se apoderó de toda Alemania⁸. Innumerables pasiones hasta entonces reprimidas acabaron por explotar, y cuantos lazos artificiales habían maniatado cualquier experiencia terminaron de aflojarse. La voluntad de romper con el pasado y el deseo de construir un nuevo orden constituyen el norte de toda una generación de artistas, asqueados y heridos con las atrocidades de la guerra. El ideal era compartido: regenerar la humanidad, crear el «hombre nuevo», un hombre «humano», dueño, por fin, del nuevo mundo. Sobre las cenizas del orden pretérito, la regeneración moral se erigía en la piedra troncal de la futura sociedad alemana. Ante semejante tesitura —fin de una era, principio de otra— se enfrenta el intelectual comprometido Kurt Eisner, quien no duda en advertir que⁹

«... el mundo aparece hecho añicos, perdido en el abismo. Súbitamente en medio de la obscuridad y la desesperanza estallan los sonidos de las trompetas, proclamando un nuevo mundo, una nueva humanidad, una nueva libertad».

La oposición al viejo orden social y la esperanza en su inmediata superación, con la consiguiente transición a una nueva conciencia, eran otras tantas proclamas vertidas por el poeta Johannes R. Becher en los siguientes términos¹⁰:

«... hallándome en la divisoria de dos épocas
siendo yo mismo el antagonismo de dos épocas
como si en mi interior chocasen una y otra.
Estaba dividido en mi propio interior
entre la obertura de una época y el final de otra.
Construí mi obra como intermezzo y tránsito».

8. L. RICHARD, *La vie quotidienne sous la République de Weimer (1919-1933)*, Hachette, 1983, p. 248. De forma más detallada, del mismo autor, *Expressionnistes allemands. Panorama bilingue d'une génération*, Maspero, Paris 1974 (reed. 1983).

9. K. EISNER, «Revolutionsfeier», en *Die halbe Macht den Räten*. Ed. R. y G. Schmolze, Colonia, 1969, p. 277 y ss. Citado por S. LAMB, «Los intelectuales y el desafío del poder. El caso de la 'Räterepublik' de Munich», en *El dilema de Weimar... op. cit.*, p. 183.

10. JOHANNES R. BECHER, «Rechenschaft», en *Heimkehr*. Neue Gedichte, Berlin (RDA), 1946, p. 7. Citado por W. VAN DER WILL y R. BURNS, «La política de la lucha cultural: los intelectuales y el movimiento obrero», en *El dilema de Weimer, op. cit.*, p. 248.

Las expectativas suscitadas por la creación de un nuevo mundo determinan la inequívoca proliferación en la vida alemana de la postguerra de dos grandes temas, irremisiblemente entrelazados, que inundan por doquier las más complejas elaboraciones intelectuales y las más recónditas manifestaciones de la vida cotidiana: la conciencia y convicción de una muerte cercana y la esperanza consiguiente por alumbrar un hombre y mundo transfigurados¹¹. Decadencia y redención mística, hundimiento y expectativas de futuro se incrustan en los nervios de la vida alemana y se convierten en los motivos dominantes de la trama de estos años. Las imágenes de putrefacción y de cadáveres se alternan con alegorías y quimeras supuestamente accesibles. En el reloj de la Alemania maltrecha había sonado la hora de reparar la maquinaria y recomponer uno por uno ruedas y engranajes. Al unísono con los ejércitos procedentes del frente, las trompetas anunciaban el reto de la purificación de la nación germana en aras a la construcción de una realidad renovada y moldeada con los cinceles de la concordia y los valores permanentes del hombre.

Autoritarismo/libertad. Militarismo/pacifismo. Disciplina/revuelta. Decrepitud/energía, etc... son otras tantas armas arrojadas en la batalla que Alemania libra en la fortaleza interna de su espíritu. La pugna mantenida con el exterior desde 1914 había servido precisamente de espoleta para el estallido de un nuevo combate, descarnado en toda su intensidad por la disputa generacional. La fisura generacional se ha ahondado con los desastres de la guerra. El enfrentamiento hijo/padre tiene su adecuada trasposición impersonal en el nacimiento de la nueva Alemania. La revolución de noviembre había sido la rebelión del hijo contra la autoridad paterna; las manifestaciones y experiencias de la guerra-postguerra amplifican y difunden la fuerza de los descontentos. La ruptura, su análisis y tratamiento, se convirtió en un lugar común para muchos observadores¹². Así sucede con las visiones ofrecidas en los dramas de Walter Hasenclaver, en concreto en *Der Sohn*, donde el padre tiránico golpea y humilla a su hijo de veinte años, lleno de ansias de libertad, hasta ser derrotado por el joven. El mismo sentimiento encierran los poemas de Franz Werfel, especialmente en su «No es el asesino sino la víctima el culpable» (*Nicht der Mörder, der Ermordete ist schuldig*), en el que también se impone finalmente la rebelión filial contra el padre autoritario, o en *Koralle*, de Goerg Kaiser, donde se perfila una compartida idea de insurrección generacional. Feroz denuncia siempre de la miseria, humillación y malestar de la humanidad bajo el viejo orden, y proclamación de una nueva era y un nuevo hombre.

No obstante los testimonios anteriores, quizás sea en *Carta al Padre*, de Franz Kafka, y en el coetáneo *Regreso*, de Hermann Hesse, donde se registren las cotas más intensas a propósito del conflicto encendido entre hijo/padre, República/Imperio, nuevo mundo/sociedad corrupta¹³. La durísima *Brief an der Vater* del checo F.

11. Como «La edad de oro o la nada» bautiza Geoffrey Carr un reciente estudio sobre la actitud de los intelectuales de la República de Weimar, ante quienes se abrían como salidas, en este momento crítico, el suicidio, la decadencia o la redención. G. CARR, «'La edad de oro o de la nada'. Algunos intelectuales alemanes y la idea del suicidio», en *El dilema de Weimar... op. cit.*, pp. 123-144.

Ya anteriormente, J. M. PALMIER, entre otros, enfatizó el predominio entre los pensadores germanos de semejantes convicciones, «Del expresionismo al nazismo. Las artes y la contrarrevolución en Alemania 1914-1933», en *Elementos para un análisis del fascismo*, Ed. M. A. Macciochi, Madrágora, 1978, vol. I, pp. 155-202.

12. P. GAY, *La cultura de Weimar. La inclusión de lo excluido*, Ed. Argos Vergara, 1984, pp. 127-130.

13. H. HESSE, *Regreso*. Primer acto de un drama actual. Escrito en enero de 1919; F. KAFKA, *Carta al Padre* (1919).

Kafka constituye un alegato contra la esfera paternal, símbolo y fuente de todas las represiones. La incompreensión, desconfianza, desidia —hasta vergüenza— que presidían las relaciones paterno-filiales pueden resumirse en estos términos¹⁴:

«... Desde tu sillón gobernabas al mundo. Tu opinión era la exacta y cualquier otra era absurda, alocada, excéntrica, anormal. Y tu confianza en ti mismo fue tan grande que ni siquiera necesitabas ser consecuente para que continuaras teniendo la razón. Podía suceder también que acerca de algún asunto no tuvieras ninguna opinión y que por eso todas las opiniones que con respecto a ese asunto fueran posibles en general, hubieran de ser falsas sin excepción... Te transformaste para mí en lo enigmático de todos los tiranos, cuyo derecho se basa en su persona y no en el pensamiento».

La disputa generacional adquiere mayor acritud por las responsabilidades contraídas durante la Gran Guerra. Entre la juventud alemana el carácter casi demoníaco de la figura paternal es alimentado por el estigma de la guerra de 1914 y los sucesos rusos de 1917. Como puede apreciarse en *Regreso*, de H. Hesse, el conflicto padre/hijo se ha enriquecido en argumentos de insumisión y desobediencia. El soldado alemán no se muestra simplemente esquivo a una realidad —y su presumible perpetuación— de la que no se siente partícipe sino que, además asiste al derrumbamiento de aquélla por sus hermanos rusos. En el ánimo de los soldados repatriados a la derrotada Alemania anidaban proyectos humanos y políticos muy concretos. No podía resultar extraño que, al regreso del frente, sus horizontes distaran de los atisbados años atrás¹⁵:

«Teníamos por sagradas una serie de cosas que no lo merecían. Respetábamos unas leyes y a unas autoridades que quedaban la mar de bien, sólo que sacrificamos a ellos lo que jamás hay que sacrificar: nuestra juventud, la propia dignidad, nuestros impulsos de actividad, nuestra buena disposición por los sentimientos, el amor, la belleza. Todo eso os lo sacrificamos a vosotros, los padres, los poderosos. Pero no lo seguiremos haciendo».

Estos sentimientos habían impelido a la nueva generación a proclamar el deseo de un cambio en la orientación de sus vidas. Los vientos de la renovación recorrían Europa por sus cuatro costados. El lema era el mismo en todos los casos¹⁶:

«Participa de lo nuevo y bueno que traje conmigo, de mi voluntad de colaborar y ayudar en todo lo que mi corazón me indique. Hazte cargo de que los jóvenes de hoy necesitamos defendernos, no nos queremos hundir. Las leyes y las ordenanzas, por buenas que sean, no nos bastan. Ante todo queremos amar, queremos sentir arder el alma; no pretendemos echar abajo el mundo, pero sí romper las cadenas que nosotros mismos nos habíamos forjado. También tú fuiste para mí una cadena, una cadena muy pesada, y no puedo sentirme libre ni serlo hasta que no me desprenda de ella. Ahora soy libre, y ya no te obedezco, padre. No haré nada de lo que tú me mandes o aconsejes, salvo si mi corazón lo aprueba. Por consiguiente, no puedo seguir viviendo en tu casa ni aceptar nada de ti, mientras nuestras relaciones no hayan cambiado

14. F. KAFKA, *Carta al Padre*, Ed. Lumen, 1974, pp. 14-15; Ed. Teorema, 1983, p. 26.

15. H. HESSE, «Regreso», en *Escritos políticos...*, *op. cit.*, p. 207.

16. *Ibidem*.

del todo. Creo que un día volveré, más adelante. Ahora pertenezco a la juventud, a la revolución, al futuro, y necesito volar».

Tan significativa asociación de ideas e imágenes —juventud y futuro, revolución y libertad— se apoderaron de la mente del soldado Paul a su regreso del cautiverio físico y psicológico supuesto por la Gran Guerra. Los mismos síntomas presentaba Walter Fessel, protagonista del drama de A. Bronnen *Vatermord*¹⁷:

«Estoy harto de ti.
Estoy harto de todo,
Entierra a tu marido, eres vieja,
yo, sin embargo, soy joven,
no te conozco,
soy libre.
Nadie frente a mí, nadie detrás, nadie encima, muerto mi padre,
cielos, salto hacia vosotros, estoy volando...».

El personaje del soldado como símbolo de la rebeldía y lucha contra el autoritarismo de la vieja y paternal sociedad alcanzó la categoría de estereotipo en la inmediata postguerra. Erwin Piscator, en *El valeroso soldadito Schwirk*, o Bertolt Brecht, con *La leyenda del soldado muerto*, no pudieron sustraerse a tal recurso. La contienda había precipitado la ruptura con el pasado. No obstante, el regreso del soldado ofrecía otras posibilidades a la hora de resaltar la idea de la traición y el desengaño supuesto por el orden vigente, responsable de la movilización y la catástrofe moral. La referencia paternal es acompañada por otras imágenes igualmente expresivas de la decepción ante el desmoronamiento de cuanto se idolatrara: padres, prometida y nación enriquecen el cuadro de personajes de *Tambores en la noche*, de Brecht, o de la posterior realización cinematográfica de G. W. Pabst *Westfront 1918*¹⁸.

LA REBELION POLITICA: RÄTEBEWEGUNG Y REPUBLICA DEMOCRATICA¹⁹

La revuelta del hijo contra el padre se escribe políticamente en el lenguaje del movimiento de los consejos (*Rätebewegung*), con la proclamación republicana —esto es, la eliminación del símbolo por excelencia de la autoridad paternal y el viejo mundo, el Káiser Guillermo— y la postrera conversión de Alemania en una democracia parlamentaria. Las instituciones políticas y sociales son pues las primeras víctimas del conflicto interno alemán. La crisis de autoridad y la descomposición del sistema político prebélico se resuelve en apenas unas jornadas en Alemania, como ya sucediera en la vecina Rusia. La insospechada fragilidad de la Alemania imperial se torna evidencia en el otoño de 1918.

Nada puede ser más significativo de la aparición de un nuevo mundo en Alemania que la identificación del poder con una institución sin historia en la sociedad de la que surge. Como si de isla procedente de una erupción volcánica se tratara, el

17. A BRONNEN, *Vatermord* (ed. 1925, p. 96). Cit. P. GAY, *La cultura de Weimar...*, op. cit., p. 129.

18. B. BRECHT, *Tambores en la noche*. (*Trommeln in der Nacht*). Fecha de creación: 1919; G. W. PABST, *Westfront 1918* (*Cuatro de Infantería*). Fecha de realización: 1930.

19. A este respecto conviene recordar lo señalado en la p. 1/cita 1.

Rätebewegung pugna con los símbolos del pasado y asume la capacidad de decisión política, ante la incredulidad y escasa fortaleza del orden vigente. Tan singular forma de organización sociopolítica se convierte, en último término, en exteriorización del abismo que mediaba entre las instituciones políticas guillerminas y la realidad social de una Alemania abatida por la guerra. La formación de los consejos — ya sea espontánea o deudora de la experiencia soviética— y su irresistible institucionalización aparecen como la fórmula última y decisiva de la victoria ante el decrepito mundo imperial, toda vez que se culminaba así el movimiento reivindicativo protagonizado por las masas alemanas durante la guerra²⁰. La resolución y respuesta definitiva a la crisis social y política abierta tiempo atrás será la *novemberrevolution*, y en ella la conquista sustancial del movimiento de los consejos será involucrar en la necesidad de cambio al conjunto social alemán.

La República alemana recién aclamada era una idea que aspiraba a convertirse en realidad. Ciertamente, este proyecto había concitado la ilusión de millones de alemanes, esperanzados ante su inminente destino. Tras la súbita irrupción de los consejos, antiguas autoridades y pilares del Estado se derrumban, sin apenas resistencia. Ya no hay soberano, ni Parlamento, ni canciller, ni ministros. Consejos de Obreros y Soldados asumen el poder. El cambio no puede ser más radical en Prusia. En el principal Länder alemán, el tradicional sistema feudal de elección política — el voto por clases— es superado no por la fuerza de la ley sino con la práctica derivada del funcionamiento de unas instituciones en las que el protagonismo corresponde precisamente a aquellos cuya voz y voto apenas si revestía anteriormente importancia alguna. La vieja y romántica Alemania imperial de los Hohenzollern, la Alemania de Otto Bismarck y los Buddenbrook, se retira sin combate ante el empuje de la paz y el socialismo. La ansiada regeneración contaba con un instrumento tan novedoso como incierto en la tarea de procipiar y consolidar las condiciones necesarias para la materialización de cuantos objetivos habían informado la lucha de estos meses. La República —expresión de la paz y la libertad política— debería recoger y articular la vitalidad del movimiento de consejos.

En el seno de las instituciones revolucionarias se reafirma la imperiosa necesidad de construir el socialismo y se aspira a la unidad de las formaciones escindidas de la antigua socialdemocracia. No obstante, las diversas opciones socialistas corren muy distinta suerte en sus deseos de instrumentalizar los *räte*. El último episodio de la «rebelión del hijo» o de la revolución alemana se escribe precisamente en los términos de la incompreensión e incapacidad filiales para edificar una Alemania socialista unitaria. En el discurso de la insumisión generacional, los diferentes lenguajes

20. Aun cuando el momento más llamativo —por triunfar históricamente— corresponde a la formación y proliferación de *räte* durante el mes de noviembre de 1918, conviene no olvidar que el movimiento de consejos se enriqueció de experiencias inmediatas, en concreto las algaradas locales de 1916, la huelga general y amotinamiento de la primavera-verano de 1917, y la ininterrumpida crisis de 1918.

Cada uno de estos momentos se convierte en otros tantos anticipos de las jornadas de noviembre; en cada una de estas fechas se incorporan al convulsivo proceso factores básicos en el movimiento de los consejos. Sin solución de continuidad, el deseo de paz, mejora de las condiciones materiales de vida y el cambio político alentaron el clima de subversión en el bienio 1917-1918. Obreros, soldados y formaciones políticas alientan progresivamente los deseos de cambio. El cese inmediato de las hostilidades —y con ello de los problemas materiales más acuciantes— y el clamor por una apertura de los cauces políticos —con la concesión de nuevos mecanismos de expresión y responsabilidad pública— van fermentando y socavando los cimientos del régimen imperial.

Por todo ello, los problemas de escasez, carestía, y rigidez política apuntados desde 1917 —fisuras en la férrea cohesión interna— se agravan con el insostenible curso de la guerra, a la vez que los alemanes no desaprovechan la experiencia de los vecinos del Este.

empleados —atemperado, en los socialdemócratas mayoritarios, ambiguo, en los independientes, y radical, en los espartaquistas-comunistas— resultan a todas luces incompatibles. Los mayoritarios, «el partido de siempre», obtienen la casi unánime adhesión de los *räte* a su proyecto político: la conversión de Alemania en una democracia parlamentaria y social. El Congreso Pan Alemán de Consejos de Obremos y Soldados (16-20 de diciembre) concluyó con la autoliquidación del movimiento y la convocatoria de elecciones generales para enero de 1919. Había llegado la hora de que todos los alemanes participaran del nuevo proyecto de convivencia²¹:

«Hemos vencido, pero no lo hemos hecho para nosotros solos. ¡Hemos vencido para el pueblo entero! Por eso nuestra consigna no es ‘todo el poder a los soviets’, sino: ¡Todo el poder al pueblo entero!».

Los comicios de enero de 1919 constituían el punto sin retorno. *El nacimiento de la República Alemana bajo la apariencia de una democracia parlamentaria* fue arropado por el calor de más de treinta millones de alemanes que se dieron cita en las oficinas de voto para ejercitar sus derechos políticos el 19 de enero de 1919. Aquella fecha habría de servir como si de un estigma se tratara en el desarrollo inmediato de la joven experiencia. En una práctica tan inusual para la recién unificada nación germana, sus habitantes albergaban casi unánimemente la esperanza de que el Parlamento simbolizara el hogar que generosamente cobijara y protegiera la multiplicidad de tendencias inoculadas en los últimos años. El inestimable cartel propagandístico confeccionado por C. Klein²², al objeto de reclamar un coordinado esfuerzo para que los compatriotas «soldados, burgueses, campesinos, obreros alemanes construyamos entre todos la Asamblea Nacional», es pieza básica en la comprensión de los signos identificativos de la jornada electoral. La parlamentarización de la vida política alemana podría ser un instrumento operativo en la integración de cuanto el férreo régimen guillermino no dudó en excluir. El Reichstag, en cuanto símbolo y estandarte de la dialéctica democrática, se comportaría como una caja de resonancia de los argumentos sostenidos por interlocutores tan diversos como los que aglutinaba el poliédrico tejido social alemán. Alcanzarían el rango institucional aquello que en ciertos círculos parecían moneda corriente: la convivencia cierta, no exenta de crispación, de todos los tipos humanos alemanes —ex combatientes, nacionalistas, radicales, jubilados, empleados, etc.—. El Parlamento remedaría, pero a lo grande, la mesa de comensales de la «pensión Charlotte»²³ en la que Elías Canetti fuera testigo y espectador excepcional de las ilusiones y desazones de la postguerra berlinesa.

Exponente del nuevo orden anunciado, el censo electoral se había incrementado valiosamente con la inclusión de la población femenina por encima de los veinte años, como un afortunado augurio del nuevo rumbo sociopolítico. La secular lucha por la igualdad de los derechos políticos, incrementada en última fase por la acción de las organizaciones sufragistas, había concluido felizmente. Para los comentaristas de aquellos años, la inclusión y aceptación de la mujer en la vida política alema-

21. *Vorwärts*, 13 de noviembre 1918.

22. Cartel de César Klein, de la Neue Sezession. Véase J. WILLET, *El rompecabezas expresionista*. Guadarrama, 1970, p. 136.

23. E., CANETTI, *La antorcha al oído (Die Fackel im Ohr)*. Muchnik Editores, 1982, pp. 11-20. Trad. J. J. del Solar B.

na era un excelente arranque para la República. El alentador horizonte era descrito por una distinguida componente del colectivo femenino en los siguientes términos²⁴:

«¡Amanece una nueva época dorada! Los contornos de una nueva hegemonía alemana son cada vez más claros. ¡Y ayudaremos a construirla!».

El optimismo inicial quedaría refrendado, incluso desbordado, por la participación de la mujer en aquella jornada. En primer lugar, las mujeres habrían de responder con firmeza y entusiasmo a la conquista obtenida: en torno al 80 % de las inscritas hicieron efectivo su derecho político. A ello debe agregarse la destacada presencia de la mujer como representante del pueblo alemán. Aproximadamente el 10 % de los delegados de la Asamblea Nacional —37 miembros— eran mujeres, y entre el 5-10 % de los cuerpos legislativos del Estado elegidos poco después también fueron ocupados por mujeres. De este modo, la mujer entraba a formar parte de la nueva Alemania²⁵. Como tal, en el juego alegórico de la república, en el recurso a los símbolos, el componente femenino se añadió a la serie. Según el símbolo del *Illustrirte Zeitung*, la República recién instaurada se asemejaba a una mujer, transfigurada desde su decrepito aspecto de los tiempos difíciles de la guerra en una joven de cabellos rubios ataviada con indumentarias populares, que sostiene en su brazo derecho las Tablas de la Ley mientras la izquierda descansa sobre una urna repleta de votos; tras la mujer, al fondo, entre las banderas izadas, el gentío salva el precipicio y se diluye entre los rayos del sol²⁶.

Este cúmulo de símbolos y emblemas se tradujo en una pacífica y entusiasmada conclusión de la revolución alemana. El epílogo sancionaba la victoria sin paliativos del parlamentarismo como fórmula política que encauzara y diera vida a la sociedad germana; la revolución concluía así en los términos en que fueran dirimidos los episodios anteriores. El grueso de las fuerzas revolucionarias había apostado por la sustitución de la Alemania guillermana por una república democrática de corte occidental. La revolución terminó por ganar las escalerillas que daban acceso al Reichstag. Triunfo de la democracia parlamentaria como culminación de las jornadas del otoño —programa del gobierno provisional y declaración del Congreso Pan Alemán de Consejos— y los movimientos operados en plena guerra en el seno de las fuerzas políticas alemanas. Victoria de la democracia parlamentaria que se salda en la cons-

24. K. SCHREY, «Advent 1918», en *Deutsche Frauenzeitung, Illustrierte Familie Wochenschrift mit Modenzeitung*, XXXII, 9, 1, 30 de noviembre de 1918. Citado por R. BRIDENTHAL y C. KOONTZ, «Beyond Kinder, Küche, Kirche: Weimar Woman i Politics and Work», en *When Biology became Destiny, Women in Weimer and Nazi Germany*. R. BRIDENTHAL, A. GROSSMAN y M. KAPLAN (eds.) Nueva York 1984, pp. 33-65.

Los avatares de la concesión del voto a las mujeres desde la perspectiva del movimiento feminista alemán centra los trabajos de R. J. EVANS, *The feminist movement in Germany 1894-1933*, London 1976, «German Social Democracy and Women's Suffrage 1891-1918», en *Journal of Contemporary History*, 1980, 15, pp. 533-557.

25. El punto de referencia obligado lo constituye el estudio ya clásico de H. BEYER, *Die Frauen in der Politischen Entscheidung*, Stuttgart 1932. Ente los últimos trabajos sobre el protagonismo de la mujer en la vida alemana de entreguerras debe mencionarse especialmente VV.AA., *Zur Rolle der Frau in der Geschichte des deutschen Volkes (1830-2945). Eine Chronik*, Leipzig, 1984. De las aportaciones traducidas al castellano debe reseñarse el artículo de R. BRIDENTHAL y C. KOONTZ, «Más allá de Kinder, Küche, Kirche: Las mujeres de Weimar en la política y en el trabajo», en *Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, J. S. AMELANG y M. NASH (eds.), Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 348-387.

26. Citado por L. RICHARD, *La vie quotidienne sous la République de Weimar...*, op. cit., p. 48.

titución de la Asamblea Nacional y en la normalización de la vida política en los distintos Länder a medida que se fueron celebrando las elecciones regionales —en especial, Prusia y Baviera—. Triunfo del parlamentarismo, en fin, según ilustra la respuesta política de las masas alemanas a la convocatoria de postguerra²⁷:

1. La inclinación masiva de los votantes hacia la democracia parlamentaria en cuanto forma de expresión de una sociedad que políticamente acude a las urnas sin fisuras. La alta participación alcanzada (82,8 %) denota que la convocatoria interesaba al conjunto social alemán. Las proclamas de abstención lanzadas por el partido comunista (K.P.D.) y algunos grupos anarquistas, denunciando la complicidad de las clases alemanas en el juego vacío y estéril de la democracia burguesa, hallaron muy escaso eco entre los alemanes. De los 36,8 millones de alemanes censados, cerca de 30,5 millones decidieron intervenir directamente en la construcción de una Alemania democrática. Se cierra así el proceso revolucionario, en su último capítulo, en un lenguaje idéntico que el de los episodios anteriores: una convivencia política basada en los principios del régimen parlamentario y un rechazo a la emulación de las prácticas y experiencias de los vecinos del Este.

2. La necesidad de superar los antagonistas de la etapa anterior, sin rupturas traumáticas que pusieran en peligro los logros de la revolución. Las elecciones reflejan el sentir de una sociedad reticente a abandonar las posiciones conquistadas en el otoño-invierno. Los radicalismos, de uno y otro matiz, encuentran muy escasa resonancia en el electorado alemán. Los partidos conservadores y nacionalalemanes, por un lado, pagan «los platos rotos de la revolución», y el Reichstag acoge en su seno muy pocos adeptos del sistema monárquico. El enfrentamiento con la república no parece por el momento un convincente argumento político; las opciones monárquicas de los populistas y las conservadoras de los nacionalalemanes representan una mínima porción de los elegidos (14,7 %). No hay posibilidad de retorno. El pasado ha dejado de constituir un punto de referencia válido en Alemania.

3. El nuevo edificio democrático deberá cimentarse a fuerza de diálogo, negociación y compromiso. A la derrota de la opción antirrepublicana por la izquierda o por la derecha se añade la decepción de las fuerzas socialistas, que no logran arañar

27. ELECCIONES ASAMBLEA NACIONAL. ENERO 1919

	NUMERO DE VOTOS		ESCAÑOS
	(Millones)	%	
Total inscritos	36,8		
Total votantes	30,4	82,7	421
Nacional Alemanes (D.N.V.P.)	3,121	10,3	44
Populistas (D.V.P.)	1,345	4,4	19
Demócratas (D.D.P.)	5,641	18,6	75
Centro Católico (Z.P.)	5,980	19,7	91
Socialdemócratas (S.P.D.)	11,509	37,9	165
Independientes (U.S.P.D.)	2,371	7,8	22

la mayoría esperada. Los socialdemócratas refrendan su hegemonía en el abanico de las fuerzas políticas, pero deben contentarse con acariciar en la cercana distancia el inicio de una gestión genuinamente socialista. Son los grandes vencedores —casi el 38 % de los votos—, pero también los grandes derrotados; su papel conductor durante los días de noviembre y diciembre es incontestable, pero los nuevos órganos de poder no serán controlados en exclusiva por los socialistas. Entre los independientes, la decepción es aún mayor; su ambigua y precaria posición en plena revolución se cobra un nuevo fracaso político.

4. Los compromisos deben buscarse a la derecha de la opción socialdemócrata. Su coalición con los minoritarios, además de inviable tras las discrepancias originadas en el seno de los Comisarios del Pueblo y el enfrentamiento ante el protagonismo creciente del Ejército, resultaba a todas luces ya infructuosa. Aun con todo, la reconstrucción de la socialdemocracia tradicional tampoco hubiera asegurado la ansiada mayoría. Había que volver la mirada hacia la derecha —y no será por última vez— para encontrar los apoyos necesarios. Derrotados el radicalismo de izquierda y los proyectos de restauración monárquica, las bases de la República se apuntalan con el esfuerzo de la antigua coalición que en plena contienda —julio de 1917— votara por la paz y la parlamentarización del régimen: socialistas mayoritarios, demócratas y católicos conforman una holgada mayoría. Los más de 23 millones de votos obtenidos (por encima del 76 % del escrutinio) constituyen un respaldo inicial sólido a la vez que necesario para asegurar la estabilidad de la experiencia. Surge así la «coalición de Weimar».

Según señalamos antes, la historia de la república alemana no es sino una sucesión ininterrumpida de símbolos. En el ocaso de una era y el alumbramiento de otra, las imágenes y sugerencias se multiplican. La superación de los signos del pasado y el espíritu conciliador que infundía la joven república exigían un nuevo símbolo. Weimar fue su nombre. Esta localidad de Turingia que apenas sobrepasaba los seis mil habitantes habría de ser el marco adecuado en una Alemania urbana, industrial y financiera, para la institucionalización política del nuevo proyecto de convivencia. Las sedes de una veintena de sociedades científicas ocupaban aquí el lugar que en Berlín estaba reservado a los cuarteles y los edificios de la burocracia; lejos del torbellino de la capital o de Munich, por las calles de Weimar se respiraban los efluvios de la cultura alemana. Los más insignes representantes del saber germano presidirían e iluminarían los senderos de la República. Goethe y Schiller, Bach y Liszt, entre otros, acompañarían a los diputados en las sesiones de la Constituyente en el Teatro Nacional. El espíritu de Weimar —la patria de Goethe— pretendía diluir, ante la mirada de los alemanes, el peso de Prusia y su tradicional hegemonía.

Políticamente se ha consumado la rebelión del hijo contra el padre. El incontestable atractivo de la democracia parlamentaria es su instrumento. Se ha eliminado en buena medida además un posible fatal desenlace en la pugna al desaparecer los resabios más autoritarios de la figura paterna (sectores monárquicos y ultraconservadores) y las actitudes viciadas y corruptas de la juventud (tentativas comunistas). La República nacía entre el calor popular y se alimentaba del inicial entusiasmo generalizado. La vida política alemana, en suma, se adentraba en 1919 por una senda renovada.

LA REBELION CULTURAL. SOCIALISMO Y ARBEITER-BILDUNG

Los símbolos del pasado parecen haber sido abandonados y reemplazados por otros más acordes con el nuevo espíritu que impregna toda Alemania. Sin embargo,

los objetivos políticos no debían colmar todos los anhelos de la sociedad germana. La nueva República, si en algo estimaba su vigencia, debía ser habitada por alemanes regenerados, por un colectivo de nuevos hombres²⁸:

«... no debemos empezar por detrás, con las formas de gobierno y los métodos políticos, sino por delante, por el principio, por la formación de la personalidad, si de verdad queremos volver a tener espíritus y hombres que nos garanticen el futuro».

La aspiración a una Alemania vestida de democracia parlamentaria y social sería fútil de no mediar el recurso a cuantos mecanismos pudieran facilitar la transmutación del hombre alemán, del mismo ser sobre quien se sustentara el orden precedente. No bastaba con acariciar la democracia política y económica; en el camino hacia una mejor humanidad y un marco humano de mayor libertad se erigía gigantesca la necesidad de profundizar en la formación y cultura —*Bildung*— de los alemanes. Era ésta una tarea irrenunciable en la creación de una nueva concepción del mundo —*Weltanschauung*—, acorde con el tránsito en el que se había embarcado la República.

En la labor de regeneración sociocultural el grado de participación de los intelectuales alemanes fue siempre intenso, si bien el protagonismo de su compromiso político pasó por toda una amplia gama de posibilidades y matices. Algunos, ciertamente los menos, consideraron conveniente preservar la independencia de sus juicios de cualquier utilización partidista, al objeto de no sucumbir ante las arbitrariedades tan al uso en los tiempos precedentes. No sería éste el comportamiento adoptado por el grueso de los artistas, pensadores y observadores alemanes; muy al contrario, se decantaron por una intervención directa y asumieron una función de compromiso con el despertar y formación de la sociedad alemana de aquel momento. Animados por cuantos ideales habían fermentado en los duros años de guerra, creyeron llegado el momento de vincular estrecha e indefectiblemente el ideal y la realidad. La revolución alemana —«un cuento de hadas que se hace realidad», comenta ilusionado K. Eisner— exigía una tenaz concurrencia de tan privilegiados observadores.

1. El socialismo en la renovada vida cultural alemana

Las corrientes socialistas centraban las preferencias y encauzaban los esfuerzos de gran número de intelectuales. A diferencia de una porción considerable de intelectuales europeos de la postguerra, impelida por su amargura y decepción a la denodada búsqueda de «dioses extraños»²⁹, el grueso de la intelectualidad alemana vislumbraba en el socialismo el cuerpo de valores y los códigos de conducta idóneos para forjar una nueva humanidad y construir las bases de una prometedora civilización. Semejante convicción no era nueva, y la inicial experiencia rusa acrecentaba las expectativas de futuro para una nación derrotada. No en vano, Socialdemócratas Mayoritarios, Independientes y Espartaquistas-Comunistas contaban con sus respectivos círculos de opinión, desde los que se alimentaba la creencia en una

28. H. HESSE, *El retorno de Zaratustra. Una palabra a la juventud alemana. De un alemán*, Stämpfli, 1919. Trad. en *Escritos políticos, op. cit.*, p. 164.

29. R. S. STROMBERG, *Historia intelectual europea...*, op. cit., p. 345.

factible regeneración moral, que postergase al simple recuerdo la desconfianza y frustración generadas por la guerra. Los intelectuales no dudaron en volcarse y hacer suyos los proyectos socialistas de transformación de la sociedad, no titubearon en el momento de ofrecer su colaboración a la causa que juzgaban apremiante y se alistaron voluntariamente en los frentes políticos. «No vacilé en ponerme a disposición del gobierno socialdemócrata»³⁰. El testimonio de Max Pechstein puede servir de exponente de una actitud generalizada entre los intelectuales e ilustra la predisposición de los hombres de la cultura a la defensa del proyecto renovador. Esta defensa y connivencia de la cultura y la política se exteriorizó por diversos mecanismos, pero todos significativos de la interacción revolución política-regeneración humana; la formación de los Consejos de Artistas e Intelectuales, el Novembergruppe o el auge del movimiento expresionista son algunos de ellos.

La capital del Reich, escenario de la deposición del monarca y la proclamación del régimen republicano a manos del *Rate System*, también sirvió de adecuado marco para la temprana constitución de organismos como el *Rat Geistiger Arbeiter*. En plena vorágine de Consejos de Obreros y Soldados, los artistas e intelectuales de la ciudad de Berlín fundaron un Consejo de Trabajadores de la Cultura, cuyo programa³¹ pretendía introducir reformas radicales en el conjunto alemán. Entre otras fórmulas previstas, el Consejo consideraba como tareas más apremiantes la abolición de la pena de muerte, la mejora de la educación pública —gratuidad de la escuela, reforma de la Universidad—, la libertad de prensa y la depuración de corruptos, la separación de la Iglesia y el Estado, y una más justa distribución de los productos de primera necesidad, para lo cual se propiciaba la socialización del suelo y la confiscación de empresas capitalistas para su transformación en cooperativas de producción. Sólo de esta manera sería posible, según los componentes del Consejo de Trabajadores Intelectuales, asegurar para toda Alemania los logros de la República. Por las mismas fechas inicia su actividad el *Arbeitsrat für Kunst*, una manifestación más del compromiso de los intelectuales y artistas alemanes en la República. Con Walter Gropius y Cesar Klein como presidentes, el programa reivindicativo³² traducía la necesaria transición en el campo de la cultura alemana. Sólo la revolución cultural, perseguida a lo largo de las etapas política y social, podía garantizar la plena realización y la extensión de los logros políticos a otras áreas de la práctica mediante una profunda y decisiva «educación de la nación hacia el espíritu»³³. Con este propósito el Consejo de Trabajadores Pro-Arte defendía, entre sus primeras medidas, la necesaria disolución de los valores y organismos académicos existentes, la reforma de las escuelas de arte y arquitectura, la desmovilización de los museos, el establecimiento de Casas del Pueblo, etc.

30. Citado por J. WILLET, *El rompecabezas expresionista*, op. cit., p. 125.

31. Las medidas propuestas fueron publicadas en *Die Weltbühne*, el 21 de noviembre de 1918. El articulado completo del manifiesto ha sido recogido por B. SCHRADER y J. SCHEBERA, *Kunstmétropole Berlin 1918-1933*. Berlín y Weimar 1987, pp. 16-18.

Entre los componentes del *Rat geistiger Arbeiter* y firmantes del programa figuran, según se recogía en el anuncio del *Berliner Börsen-Courier* del 25 de noviembre, Dr. Kurt Hiller, Arthur Holitscher, Dr. Armin T. Wegner, Dr. Helene Stöcker, Leo Matthias, Alfons Golschmidt y Rudolf Leonhard.

32. Un exhaustivo trabajo sobre ésta y otras instituciones revolucionarias berlinesas corresponde a la reciente edición de B. SCHRADER y J. SCHEBERA (ed.), *Kunstmétropole Berlin 1918-1933*. Leipzig, 1987, especialmente pp. 9-34.

33. A. PHELAN, «Algunas teorías de Weimar sobre el Intelectual», en *El dilema de Weimar*, op. cit., p. 37.

No obstante el protagonismo del núcleo berlinés, quizás fue Baviera el enclave donde cultura y poder se fundieran en un proyecto más definido y participativo³⁴. En la capital bávara Kurt Eisner, Gustav Landauer, Erich Muhsam y Ernst Toller son los más cualificados representantes de un poderoso intento —aunque, a la postre, fallido también— de imbuir la República de Consejos de su ideario y política intelectual. Entre las primeras medidas adoptadas por el presidente Eisner destaca la creación del imprescindible *Rat geistiger Arbeiter* (Consejo de Obreros Intelectuales)³⁵. En Berlín, Munich, Darmstad, y otras muchas ciudades alemanas, la revolución contaba como cualificado compañero de viaje con el apoyo de los intelectuales y artistas, deseosos de propiciar cambios radicales en la sociedad.

En íntima conexión con la aparición de tan singulares Consejos de Obreros Intelectuales, la revolución de noviembre apadrinó también otro movimiento cultural que reunía a escritores, pintores, arquitectos y músicos: el llamado *Novembergruppe* (Grupo de Noviembre)³⁶. La ligazón de sus componentes con los protagonistas de las transformaciones políticas —conocidos por los *November Obleute* u Hombres de Noviembre— es obvia. El Grupo había acogido entre sus 114 componentes, y a iniciativa de Max Pechstein, a todos los grandes hombres del arte; los resultados de sus planteamientos teóricos —la función del artista en la comunidad— y de su actividad cotidiana rezumaban un claro optimismo sobre las capacidades y realidades de un arte verdaderamente popular. La esperanza de difundir un arte apropiado para el nuevo período se convirtió en la consigna del movimiento y ganó para el *Novembergruppe* a los principales creadores alemanes. Los objetivos eran tan simples como precisos: «... el futuro del arte y la gravedad de esta hora nos fuerza a nosotros, revolucionarios del espíritu, hacia la unidad y la estrecha cooperación». El Grupo de Noviembre se erige en una asociación solidaria, en la que coexisten y comulgan muy diversos estilos —expresionismo, cubismo, futurismo—, pero dentro de un espíritu dominado por la fidelidad a la República proclamada en noviembre. Una simple incursión por la proclama vertida en el *An alle Künstler* (*A todos los Artistas*, 1919) pone de manifiesto la posición de los creadores alemanes ante el programa social de la República³⁷:

«... la alternativa es o una cosa u otra. O se es socialista o no se es. O se es un ser político, en el sentido aristotélico, o se es un insensible individuo privado. O la ferviente implicación en la política o la separación de la misma, sin ambages. Cuando uno participa y se afilia sigue siendo él mismo, representando intereses, poniéndose a prueba intensamente. El socialismo, analizado éticamente, es en último término egoísmo, pero, y eso es lo más importante,

34. H. VIESEL, *Literaten an der Wand. Die Münchner Räterepublik und die Schriftsteller Frankfurt am Main*, 1980; S. LAMB, «Los intelectuales y el desafío del poder: el caso de la 'Räterepublik' de Munich», en *El dilema de Weimar... op. cit.*, pp. 173-209.

35. La actividad del Consejo de Obreros Intelectuales, analizada por uno de sus protagonistas, en E. TOLLER, *Una juventud en Alemania...*, *op. cit.*, pp. 110-145. De manera global, H. VIESEL, *Literaten an der Wand. Die Münchner Räterepublik und die Schriftsteller*. Frankfurt am Main, 1980. S. LAMB, «Los intelectuales y el desafío del poder: el caso de la 'Räterepublik' de Munich», en *El dilema de Weimar... op. cit.*, pp. 174-209.

36. B. SCHRADER y J. SCHEBERA, *Kunstmetropole Berlin...* *op. cit.*, pp. 35-49 (Novembergruppe Berlin). Asimismo, L. RICHARD, *La vie quotidienne...* *op. cit.*, pp. 248-250, J. WILLET, *El rompecabezas expresionista...* *op. cit.*, pp. 124-129. R. THALMANN, *La République de Weimar*, *op. cit.*, p. 93.

37. Cit. por W. VAN DER WILL y R. BURNS, «La política de lucha cultural: los intelectuales y el movimiento obrero», en *El dilema de Weimar... op. cit.*, p. 219.

una forma más alta de egoísmo que implica que sin basarse en uno mismo, no se puede ser de utilidad para los demás».

De la mano de los Consejos de Intelectuales y del Grupo de Noviembre, la trabazón de los obreros intelectuales con el proyecto político de renovación alemana adquiere su máximo exponente en el desarrollo y auge de la corriente cultural llamado a apuntalar la regeneración social, el *expresionismo*. La revolución política era promesa de una nueva experiencia y las trayectorias particulares y colectivas hallaron en las jornadas del otoño —y en su espíritu— su fuerza precipitante. Despuntado en los años previos a la guerra, el expresionismo, «una (pequeña) revolución (alemana)», en palabras de B. Brecht³⁸, alcanzaba su momento de esplendor en los albores de la República. Perceptible hasta 1914 sólo en las manifestaciones pictóricas, el movimiento expresionista infundió su savia a la producción poética, literaria o arquitectónica. Así era el espíritu de la República.

La ubicación de la gran («pequeña») revolución en la transformación de la sociedad postbélica alemana mediatiza el comportamiento del nuevo régimen y de los gobiernos provinciales y municipales. Los dirigentes socialdemócratas, no sólo ellos pero sí muy especialmente, consideraron que los más destacados expresionistas eran también los más cualificados portadores y exponentes de los valores que la República pretendía insuflar al tejido social alemán. La vocación de la revolución sociocultural y de la revolución política se identificaban en 1918-1919. En consecuencia, no podía ser más que natural y conveniente que las autoridades protegieran el movimiento expresionista y sustentaran, mediante una cascada de dotaciones y cargos oficiales, tan apropiada plataforma propulsora de los deseados cambios en el funcionamiento de las instituciones y las prácticas de la realidad sociocultural³⁹. El expresionismo recorría así toda Alemania, como también lo hacía *la novemberrevolution*. El paralelismo de ambos fenómenos terminó por converger con la creación de un nuevo símbolo, otro más en la historia de la República: la *Bauhaus*.

Revolución de las estructuras políticas y mutaciones socioculturales se concitaron en la fundación de uno de los mayores legados de la República —no tanto por su vigencia cuanto por el espíritu que envolviera su recuerdo— a las generaciones venideras alemanas y, en general, europeas. La constitución de la *Bauhaus* en 1919 era la expresión de los deseos de un Walter Gropius, comprometido en que la función artística se integrara plenamente en el contexto de la actividad social⁴⁰. Con la fundación de la *Bauhaus* la imbricación arte-sociedad adquiere carta de naturaleza al tiempo que pretende desterrar la concepción del arte como una mera función que satisface los placeres estéticos de una minoría. El régimen político se democratizaba

38. B. BRECHT, *Dirios 1920-1922. Notas autobiográficas 1920-1954 (Tagebücher 1920-1922). Autobiographische Aufzeichnungen 1920-1954*. Miércoles, 7 de julio 1920. Crítica, 1980. Traduc. J. J. del Solar b., p. 19.

39. La inequívoca interrelación entre socialistas y expresionistas ha sido suficientemente puesta de relieve por J. WILLET, *The New Sobriety. Art and Politics in the Weimar Period 1917-1933*. Thames and Hudson, Londres 1978. El mismo autor ya lo había expuesto anteriormente en *El rompecabezas expresionista... op. cit.*, pp. 130-136.

40. H. BAYER, I. GROPIUS y W. GROPIUS (ed.), *Bauhaus 1919-1928*, 1938. H. M. WINGLER (ed.), *Das Bauhaus 1919-1933: Weimar, Dessau, Berlin*, 1962. Con motivo de los setenta años de la fundación, M. DROSTE, *Bauhaus, 1919-1933*, Benedikt Taschen, 1991.

Los planteamientos básicos y la actividad creadora del fundador puede hallarse en la breve colección de artículos de W. GROPIUS, *Scope of Total Architecture* (1962 ed.), y *The New Architecture and the Bauhaus* (ed. 1965), traduc. española: *La nueva arquitectura y la Bauhaus*, Ed. Lumen, 1966, traduc. B. de Moura.

y la creación artística se ponía al servicio de las masas alemanas. *Weimar y Bauhaus, Bauhaus y Weimar*; he aquí dos símbolos de los nuevos tiempos en la Alemania de la postguerra, y que, en cuanto imágenes asociadas, correrán suerte pareja. La colaboración necesaria de los artistas con las masas populares discurre por el programa fundacional de la entidad en marzo de 1919: el patrimonio artístico debe ser de modo efectivo un bien de la colectividad, los museos deben convertirse en centros de educación del pueblo alemán, la construcción de los edificios públicos no estará sometida a directrices arbitrarias dictadas por las autoridades políticas. Construir consiste en dar forma a la vida, más allá de la simple creación artística. Tamaña revolución sólo podía ser concebida y acometida por un elenco de creadores como el propio Walter Gropius o, entre sus colaboradores, Paul Klee, Wassily Kandinsky, Lyonel Feininger, Oskar Schlemmer y Gerhardt Marcks. La *Bauhaus* dinamitaba arcaicas concepciones de la obra artística, y la libertad inundaba cualquier actividad de la escuela. Libertad y unidad —así el arte y la artesanía, secularmente separados, se fundían ahora, como nortes de una concepción nueva del hombre y el mundo y del afán de evitar la esclavitud de la humanidad a la anarquía de la máquina.

Dentro del clima de regeneración alemana, en el contexto de la rebelión filial a la autoridad del padre, y con el instrumental de la íntima colaboración del ideario socialista en las instancias políticas y culturales, se empezó a tejer la indumentaria con que la sociedad alemana pudiera defenderse de los rigores de la postguerra. Se elabora entonces una concepción del mundo, auténtica tabla de valores en los años inmediatos, capaz de surtir los efectos ansiados en la derrotada y colapsada Alemania. Este código de conducta, claramente impregnado de notas de inspiración socialista, actúa como la guía espiritual y cultural que permita afrontar el reto y la promesa que Alemania, al igual que el Franz Biberkopf de Döblin, se hiciera tras cuatro años de reclusión y postergación: «ha jurado al mundo entero y se ha jurado a sí mismo ser honrado»⁴¹.

En el camino a la realización de este ideal no se atisba en principio deseo o necesidad que impela a componendas de ningún tipo con los valores o notas culturales del pasado, ni siquiera con las defendidas por otras concepciones que políticamente colaboran con el socialismo. A diferencia de la correlación de fuerzas en el escenario político, donde el socialismo no puede monopolizar el protagonismo y está abocado a repartir los papeles secundarios a las fuerzas liberales para llevar a efecto el cambio político, en la asignación de los valores culturales no hay lugar más que para la fe ciega en un ideario socialista que abarca sobradamente las coordenadas en que debe insertarse la reconstrucción social. A fin de cuentas, han sido las ideas socialdemócratas —con o sin fisuras internas— las que emprendieron en solitario la crítica del orden militarista imperante y las que hasta 1914, y desde 1917, impulsaron la transformación —pacífica o violenta— de las estructuras imperiales. El socialismo había propalado la necesidad del cambio en Alemania, y la mayor integración social fue enarbolada como bandera por las masas alemanas en la novemberrevolution. Aún más, el socialismo era el norte en la brújula expresionista alemana; no había lugar a la duda. Tal y como sentenciara Herbert Kühn, «no hay expresionismo sin socialismo; no es casual que el nuevo arte se abra tan vigorosamente a la política»⁴². Un simple recuento de algunas imágenes significativas de la

41. A. DÖBLIN, *Berlin Alexanderplatz*. (*Berlin Alexanderplatz: Die Geschichte von Franz Biberkopf*) (1929). Ediciones B., 1987, Libro Primero, p. 40. Traduc. Miguel Saenz.

42. Citado por L. RICHARD y otros, *Encyclopédie de l'expressionnisme*, Somogy, Paris, 1977, p. 89.

República corroboran la anterior afirmación: la expresionista *Nueva Aguila Germánica Republicana*, obra de Karl Schmidt Rottluff, o la *Catedral del Socialismo*, grabado en madera de L. Feininger para el manifiesto de la *Bauhaus* en abril de 1919, y auténtica metáfora del espíritu moldeador de los tiempos republicanos⁴³.

En la peculiar yuxtaposición de las variantes políticas y culturales, la sociedad alemana asiste, sin solución de continuidad desde el otoño de 1918, a diferentes desenlaces de la revuelta del hijo contra el padre. La mente alemana, ubicada en a ciudad de Weimar tras la celebración de las elecciones de enero, se decanta por el pacto de la socialdemocracia con el centro democrático; el corazón de la nación, indignado ante las atrocidades de la guerra y sus secuelas, no se detiene en su crítica a los responsables del desastre —el mundo burgués— y erige al proletariado —víctima de aquél— en colaborador irremplazable de la nueva Alemania. Aquí el triunfo socialista excluye cualquier noción de compromiso en el tránsito al ideal de humanidad perseguido. Tal como se plasma en alguna caricatura de estos años, Alemania puede ser representada bajo la forma de una silueta humana que tiende su mano izquierda buscando la amistad de otras figuras similares mientras se prepara con la derecha a seccionar de un tajo semejante gesto de hermanamiento. La dinámica política abocada al entendimiento con los representantes de un sector de las clases medias y burguesía liberal; por el contrario, sólo las organizaciones obreras de inspiración socialista con su lucha constante estaban llamadas a auspiciar las notas culturales identificativas de la nueva Alemania. Los intelectuales socialistas «creían que, en términos de llevar a cabo un progreso cultural, la clase burguesa era una fuerza extinguida y que, por el contrario, generaría un chauvinismo mayor, una explotación más intensa de la fuerza de trabajo y una cultura de clases mercantilizada, más proclive a acentuar que a disolver los prejuicios existentes y que sin duda conllevaría la sombría nota de la desesperanza cultural»⁴⁴. No había otra salida que evitar la pervivencia de las fuerzas que material y culturalmente habían devastado la nación alemana.

2. La ruptura con el mundo burgués (el padre)

La revolución alemana se caracteriza por la rapidez con que los símbolos del pasado, incluso los más enraizados y en apariencia sólidos, se habían desvanecido y por la inhibición de las fuerzas imperiales ante la embestida republicano-socialista. La guerra de 1914-1918 había socavado los cimientos de la moral burguesa y el desastre alemán amplificaba la sensación de hundimiento y decadencia. Los padres alemanes —sus principios, valores y autoridad— se vieron sometidos a una crítica feroz en la inmediata postguerra y asistieron, atónitos, a la disolución de las fórmulas que, por ellos sacralizadas, habían regido la vida de la nación en las últimas décadas. Uno de ellos, Thomas Mann, nacido en el Imperio y alimentado con el espíritu guillermino, contemplaba entre soberbio y avergonzado el apocalipsis alemán; para el escritor de Lübeck, «los hombres de la generación de Bismarck, envejecidos repentinamente de pena, se encuentran sumidos en la desesperación... (mientras) la joven Alemania no parece preocuparse de la ruina»⁴⁵.

43. J. WILLET, *El rompecabezas expresionista... op. cit.*, p. 137. M. DROSTE, *Bauhaus...*, *op. cit.*, p. 18.

44. VAN DER WILL y R. BURNS, «La política de la lucha cultural... op. cit.», p. 230.

45. T. MANN, *Diarios, 1918-1936 (Tagebücher 1918-1921/1933-1934/1935-1936)*, Plaza y Janés, 1986. Trad. P. Gálvez (18 de octubre 1918), p. 35.

Sólo ahora los componentes de esta generación comprobaban la debilidad del edificio imperial; únicamente la derrota hizo anidar en su ánimo la sospecha de que fueran ciertas, por ejemplo, las críticas que Heinrich Mann dirigiera en *Der Untertan* (*El súbdito*, 1918) a la sociedad alemana. El autoritario mundo del Káiser se aprestaba a dirimir la batalla decisiva por la conquista del mundo. En palabras de Diederich Hessling, «el súbdito»⁴⁶:

«... se abalanza una y otra vez hacia nosotros la marea cenagosa de la democracia, y sólo la hombría de bien alemana, y el idealismo alemán, constituyen el dique que la contiene. ¡Pero los enemigos sin patria del orden divino universal, que quieren arruinar nuestro régimen, deben ser aniquilados hasta el último...! El alma vivificante del ser alemán es la veneración del poder, del poder trasmitido y bendecido por Dios, contra el que nada puede emprenderse. ¡Por eso mismo debemos ver en todo momento nuestro deber más alto en la defensa de la Patria, el mayor honor en la casaca del Káiser, y el trabajo más sublime en la producción de armas!».

De la sátira política a la realidad. La construcción guillermina, monarquía que «es precisamente entre los regímenes políticos lo que en el amor son las señoras duras y enérgicas» —resultó una fortaleza hecha de barro, indefensa ante la marea de la revolución. Para todos ellos, en fin, la magnitud de la derrota alemana excedía con creces del campo de operaciones militares. Todos los padres alemanes debieron recapacitar y examinarse interiormente, mientras M. Erzberger acudía a Rethondes⁴⁷:

«Tuvimos que reconocer que muchas de nuestras cosas estaban pasadas de moda y corrompidas... Pues sí, el mando personal, ab soluto y todo eso. Determinados problemas sociales, además... simplemente tenía que suceder algo».

A los ojos de la juventud alemana la sociedad paternal aparecía totalmente desacreditada. La guerra había desenmascarado sus verdaderas facciones. El enfrentamiento bélico no era tanto una aberración dramática de la vieja sociedad cuanto su auténtica revelación. Entre los jóvenes resultaba sumamente difícil justificar la santería humana como un accidente o una insospechada desviación; muy al contrario, en la mente de la nueva generación resonaban ahora, con más fuerza que nunca, las categóricas acusaciones de Rosa Luxemburg⁴⁸.

«... Cubierta de vergüenza, deshonrada, chapoteando en sangre, nadando en cieno: así se encuentra la sociedad burguesa, así es ella. No como cuando, delicada y recatada, simula cultura, filosofía, y ética, orden, paz y estado de derecho, sino como bestia predadora, como cazadora de brujas de la anarquía, como peste para la cultura y para la humanidad: así se muestra en su verdadera figura al desnudo».

46. H. MANN, *El súbdito*, Bruguera, 1983, Trad J. Vilar, p. 473.

47. H. HESSE, «Regreso» (1919), en *Escritos políticos... op. cit.*, p. 199.

48. R. LUXEMBURG, *La crisis de la socialdemocracia. (Folleto Junius)*. (*Die Krise der Sozialdemokratie (Junius Broschüre)*). Zurich, 1916; *Rosa Luxemburgo. Obras escogidas*. Ed. Ayudo, 1978. Trad. J. L. Iglesias Riopedre, v. 2, p. 12.

Cuantas realidades habían impregnado la vida alemana de los últimos tiempos habían entrado en un proceso de extinción. El Imperio, sus apoyos sociales y su justificación, simulan ahora cadáveres que se corrompen sobre el suelo alemán. El pregonado y exaltado mundo burgués con sus ribetes de autoritarismo, militarismo y cerrazón, sus excesos y carencias, se descompone putrefacto ante la sociedad alemana; los efluvios pestilentes alcanzan las manifestaciones de la postguerra. Obsesión por la muerte, acerada crítica de la cosmología burguesa, desastres y horrores de la guerra fratricida, miserias de los combatientes, penalidades en la retaguardia, abusos y desidias de los plutócratas, irreverencias de los especuladores de sangre ajena... componen otras variaciones sobre un tema único y otros tantos argumentos para declarar una guerra sin cuartel al orden decrépito de los padres alemanes:

SOBRE LA RUPTURA CON EL MUNDO BURGUES EN ALEMANIA (EL PADRE)

MANIFESTACION	AUTOR	TITULO
Poesía	G. Benn	Morgue y otros poemas
Poesía	B. Brecht	Sermones domésticos
Poesía	K. Pinthus	Crepúsculo de la Humanidad
Teatro	F. Unruh	Ein Geschlecht
Teatro	L. Jessner	Guillermo Tell
Teatro	B. Brecht	Baal
Teatro	E. Toller	La Transformación
Teatro	F. Wolf	Mohamed
Teatro	G. Kaiser	Gas
Novela	A. Zweig	El casco del sargento Grischa
Teatro	L. Rubiner	Los Pacíficos
Ensayo	H. Hesse	El Reino
Ensayo	L. Frank	El Hombre es Bueno
Pintura	K. Kollwitz	Los Muertos
Pintura	K. Kollwitz	Nie wieder Krieg!
Pintura	M. Beckmann	Resurrección
Pintura	M. Beckmann	Descendimiento de la Cruz
Pintura	M. Beckmann	La Noche
Pintura	P. Klee	Muerte en el campo de batalla
Pintura	P. Klee	La muerte por la idea
Pintura	P. Klee	Destrucción y esperanza
Pintura	P. Klee	El emperador Guillermo maldiciendo
Cine (Guión)	H. Janowitz/C. Mayer	El Gabinete del Doctor Caligari

La amalgama de ingredientes aquí recogidos sazona el ambiente berlinés, alemán en general, de la inmediata postguerra. Poemas de G. Benn sobre la civilización de mercaderes y comerciantes, «sermones domésticos» de B. Brecht a propósito de la tan cacareada moral burguesa, caricaturas y sátiras despiadadas en los lápices de G. Grosz y K. Kollwitz, visiones proféticas en las telas de M. Beckmann, dramas antimilitaristas en las plumas de F. von Unruh, E. Toller o L. Jessner, diálogos punzantes contra el autoritarismo y la disciplina en H. Mann o en el guión ini-

cial de C. Mayer y H. Janowitz para Caligari, etc... innumerables testimonios todos del desprecio y la iracunda diatriba de los valores insolidarios y suicidas del pasado alemán más reciente.

3. La exaltación del trabajador (el hijo)

La configuración y estabilidad de la aventura emprendida por Alemania en 1918 exigía el apoyo de las clases trabajadoras. Es cierto que en la pugna con el cerrado mundo guillermino las masas obreras habían salido malparadas una y otra vez y que sólo en los últimos momentos otros sectores sociales hicieron coro con el movimiento obrero en sus reivindicaciones. La naturaleza del conflicto social de fin de siglo y principio de siglo se traduce en los estereotipos que dominan la República. En principio, las formas empleadas —«el hombre», «el soldado», «la muchacha», «el hijo», etc.— trascienden el reducido marco, aunque extenso objetivamente, de las clases trabajadoras; la validez de los arquetipos es mucho más amplia y se comportan como exponentes de la nueva humanidad deseada. No obstante, su apariencia es la de un obrero. El lenguaje, la indumentaria, los ambientes invocan siempre los círculos más populares. No en vano han sido las masas trabajadoras —con ropaje militar— las protagonistas principales y las impulsoras de la rebelión contra el padre alemán. Fueron ellas quienes se manifestaron antes que nadie contra los rigores de la guerra, protestaron por las carencias y secuelas de la movilización, e insuflaron el viento del cambio económico y político. Debe buscarse en los ambientes obreros la fragua donde se forjó el símbolo socialdemócrata que alumbró la evolución política y donde se ventiló el apoyo necesario al triunfo socialista en las elecciones de enero. En consecuencia, resultaría impensable, y además difícilmente viable, una República desligada de las masas obreras.

El obrero y su realidad, inmediata o última, monopoliza las más notables manifestaciones expresionistas. A modo de portavoz de los creadores, Max Beckmann enfatizaba así el contenido social de su producción cultural⁴⁹:

«Ahora, justamente ahora, y más que antes de la guerra, siento la necesidad de estar en las ciudades con mi prójimo. Aquí está nuestro sitio. Debemos compartir la miseria total... Debemos rendir nuestros corazones y nuestros nervios a los terribles gritos de dolor del pobre y desilusionado pueblo».

Brutales rostros magullados por las huellas de la guerra, niños famélicos, orfanatos en los que la infancia alemana rinde su tributo a la guerra, ilustraciones sobre la opulencia y su desgarrador contraste con los ambientes más humildes, etc., describen un mensaje de lucha proletaria. El último estertor del régimen parthenal se ha cobrado semejante coste social. Es el proletario quien inspira a Paul Klee en Munich y quien revuelve el espíritu de K. Kollwitz en Berlín. Los horrores cotidianos de la postguerra —obreros desempleados que vagabundean por las avenidas, lisiados, mancos y mendigos que se mezclan, pero no confunden, con burgueses atiborrados e insensibles— son los protagonistas del nuevo arte, tal como conciben su función social G. Grosz y K. Arnold. Las amputaciones corporales han tenido su recompensa en las medallas que cuelgan del pecho. Obreros y mutilados, antimilitaristas, socialistas y republicanos —como el «Herr Schutt» rescatado de la Pensión Charlot-

49. P. SELZ, *Max Beckmann* (1964). Cit. por P. GAY, *La cultura de Weimar... op. cit.*, p. 123.

te por la memoria de Elías Canetti— pasan las horas jugando a las cartas, ante la atenta mirada de Otto Dix, o vociferan en las tascas en presencia de K. Hotz, B. Brecht y A. Döblin. Parados, tullidos, viudas, huérfanos, chulos y prostitutas adquieren carta de naturaleza ante la sociedad alemana como integrantes de pleno derecho de la nueva humanidad. Son ellos quienes acudieron al frente, sufrieron el bloqueo, alzaron sus voces contra la carestía, recorrieron las calles invocando «paz, pan, libertad», y fundaron los consejos de obreros y soldados⁵⁰.

SOBRE LA EXALTACION DEL TRABAJADOR EN ALEMANIA (EL HIJO)

MANIFESTACION	ARTES PLASTICAS	
	AUTOR	TITULO
Dibujo	G. Grosz	Grauer Tag
Pintura	P. Klee	Joven Proletario
Pintura	P. Klee	Hombre maduro
Pintura	O. Dix	Inválidos jugando a las cartas
Pintura	K. Kollwitz	¡Pan!
Pintura	K. Kollwitz	Los niños alemanes tienen hambre
Pintura	K. Kollwitz	Las madres
Pintura	K. Hotz	Berliner Tageblatt
Pintura	K. Hotz	Arbeitslose
Pintura	K. Hotz	Arbeiterkneipe
Pintura	K. Hotz	Strabenszene mit leser der «Roten Fahne» im Vordergrund

La integración de pleno derecho de estos colectivos en la República alemana mediatizaba la futura vigencia del sistema democrático en aquella nación. Cualquier atisbo de retroceso en la dinámica política y sociocultural así como la desnaturalización del orden surgido de la revolución podrían diezmar el apoyo inicialmente suscitado por la República y el mayoritario respaldo concedido a la socialdemocracia. No bastaba con llenarse la boca de palabras sobre la democracia política y económica; urgía ir moldeando y afirmando las notas identificativas del nuevo alemán. Y en este punto las formaciones socialistas, divididas políticamente durante y tras la guerra, realizaron un notable esfuerzo de cohesión interna. El movimiento obrero alemán jamás podría reconstruir su unidad política, incluso las desavenencias entre socialdemócratas y comunistas se ahondaron. No obstante, la acción cultural libraba su propia batalla y, en la lucha por la salvaguarda de los intereses de la clase trabajadora, los dirigentes del S.P.D. y del K.P.D. militaron en el mismo lado. Es precisamente en estos años 1918-1919 cuando se asiste a la notable expansión de las aspiraciones culturales del proletariado organizado. Políticamente fracturada la

50. «...Berlín parecía húmedo, gris y sucio... Mendigos en todas partes: hombres con una sola pierna y con muletas, hombres sin piernas sentados en una manta, ciegos con gafas negras, casi todos con prendas de uniforme gris, todos con medallas». ARTHUR R. G. SOLMSEN, *Una princesa en Berlín*, Tusquets Edit. 10 ed., 1990, p. 34.

representatividad de los partidos políticos de la clase obrera, la actividad cultural se mantuvo, no obstante, asociada. Así fue posible que la clase obrera adquiriese una representación y un protagonismo en la vida pública del que había carecido por la actividad represiva del régimen burgués guillermino.

4. La organización cultural del proletariado⁵¹

Las formaciones socialistas eran conscientes de esta necesidad. En la búsqueda por la transformación del orden capitalista por el tamiz del socialismo los ideólogos socialdemócratas, al igual que los comunistas desde 1919, tubieron muy claro que la forma de acción básicamente era triple: política (el partido), económica (sindicato) y la organización cultural del proletariado. Tales eran las convicciones de Valtin Hartig, para quien «el movimiento de la clase obrera es político, económico y cultural. Junto al partido y el sindicato marcha como otra columna más el movimiento cultural de los obreros»⁵². El socialismo debía significar mucho más que «llenar estómagos vacíos», de ahí que la formación cultural —*Bildung*— se convierta en requisito ineludible de la edificación del socialismo. Sólo así podría construirse una *Weltanschauung* que evitara entre las clases trabajadoras el dominio de una concepción del universo característica de los intereses de la burguesía. La clase obrera debía convertirse en el adalid de una nueva cultura, y en la transformación del modo de pensar y sentir capitalista «el fin de la labor educativa socialdemócrata no ha cambiado». El primer número del *Arbeiter-Bildung* (*Educación obrera*) endendía la comprensión de las posibilidades creativas del movimiento obrero y de los objetivos socialdemócratas en materia educativa en los términos siguientes⁵³:

«Al igual que toda otra finalidad de la socialdemocracia, se inscribe en la gran tarea histórica: la transformación del orden social basado en una economía de capitales privados... en una comunidad de intereses basados en el socialismo que, simultáneamente, mediante el desarrollo armónico y el despliegue bien orientado de la energía intelectual, espiritual y física de todos y cada uno de sus miembros, se convierta en una comunidad cultural que tenga un sentido y sea gratificante».

Con este bagaje doctrinal fueron múltiples y muy valiosas las experiencias que pretendieron fomentar y canalizar las aspiraciones culturales del proletariado alemán. Conviene reiterar una vez más que pese a las discrepancias políticas (entre otros, S.P.D., U.S.P.D., K.P.D., V.K.P.D., K.A.P.D.) en el interior del movimiento obrero se consolida una tácita alianza para articular una línea de actuación cultural casi-unitaria. La organización cultural de la clase trabajadora organizada no estuvo

51. Entre los estudios más significativos del movimiento cultural del proletariado organizado deben incluirse W. VAN DER WILL y R. BURNS, *Arbeiterkulturbewegung in der Weimarer Republik*, 2 vols, Frankfurt, 1982; TH. MEYER y otros, *Lers- und Arbeitsbuch deutscher Arbeiterbewegung. Darstellung, Chroniken, Dokumente*, 2 vols., Bonn, 1984; W. D. HUND y D. KRAMER, *Beiträge zur materialistischen Kulturtheorie*, Colonia, 1978.

52. V. HARTIG, «Vom Bildungs und Kulturproblem der Zeit», en *Kulturwille*, Leipzig, 3 (mayo 1926), 4, p. 97. Cit por W. VAN DER WILL y R. BURNS, «La política de la lucha cultural...», *op. cit.*, p. 231.

53. H. SCHULZ, «Neue Wege zu alten Zielen», en *Arbeiter-Bildung*, 1 (julio 1920), 1, p. 1. Cit. W. VAN DER WILL y R. BURNS, «La política de la lucha cultural...», *op. cit.*, p. 236.

exenta de tensiones internas, pero sí de los traumas insuperados derivados de la escisión política. Si la defensa de los intereses del proletariado se debilitó fatalmente por la incapacidad de los partidos socialistas para alcanzar un compromiso básico, cuando menos sí sobrevivió monolítica la creencia en el proletariado como fuerza creadora de una alternativa cultural a los valores dominantes hasta entonces.

Así sucedió, por ejemplo, con las numerosas y variopintas organizaciones vinculadas a la socialdemocracia con cierta anterioridad al estallido de la guerra y que, con la eclosión revolucionaria, experimentaron una notable renovación, pero no la escisión. Con notable antelación a 1918, la educación de los trabajadores había sido un componente básico de la actividad socialdemócrata. La educación se concebía no sólo como un medio de emancipación del proletariado sino, además, como antesala de una sociedad culturizada en la que la clase obrera lejos de ser objeto de discriminación se sintiera integrada. La empresa se coronó con éxito, habida cuenta de que al iniciarse la nueva centuria la socialdemocracia había impregnado, gracias a la acción de decenas de organizaciones obreras, todas las manifestaciones de la vida comunitaria alemana⁵⁴. Frente al hermetismo del régimen guillermino y la primacía de las actividades burguesas y aristocráticas, las clases trabajadoras habían tenido que recluirse en sí mismas. Las instituciones autónomas proletarias —de tan diversa naturaleza como el deporte, el teatro, la emancipación femenina o la lucha antialcohólica— arropaban a los obreros y, a manera de sombras, les acompañaban desde la infancia a la vejez, desde la cuna a la tumba. Sean cuales fueren los intereses de los obreros, las organizaciones socialdemócratas servían de refugio, lugar de encuentro y fermento de solidaridad.

La efervescencia del otoño de 1918 y el advenimiento de la «Res-Pública» precipitó la reconstrucción de las organizaciones culturales proletarias silenciadas por la guerra y la fundación del marco institucional de otras nuevas. Entre las primeras, la Liga Obrera de Deportes y Gimnasia, la Asociación Obrera de Teatro, la Liga de Samaritanos Obreros, etc. Entre las fórmulas asociativas de nuevo cuño, la Liga de Librepiensadores Obreros, los Clubes Proletarios de Nudistas, los Grupos Obreros de Coros y Danzas, los Clubes Obreros de Fotografía, Cine y Radio, etc. Una tras otra, las organizaciones culturales pretendían proporcionar y satisfacer cuantas distracciones e inquietudes se pudieran despertar en el espíritu de los obreros alemanes; diversiones y actividades que se hacían realidad en el propio entorno obrero.

Los dirigentes socialistas daban forma a la sustitución de la cultura burguesa por la cultura obrera. La teorización de la organización cultural contó con personajes de reconocida valía, a quienes se debieron las notables innovaciones introducidas en las prácticas cotidianas: Leo Westenburg (coral), Adolf Johannesson y Martin Gleisner (danza), Fritz Wildm (deporte), entre otros, intentaron impregnar cultural-

54. La relevancia de la organización socialdemócrata ya fue realizada hace varias décadas por W. ABENDROTH, *Aufstieg und Krise der deutschen Sozialdemokratie*, Frankfurt 1964, *Sozialgeschichte der europäischen Arbeiterbewegung*, Frankfurt 1965, y, en la Alemania Oriental, *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, t. III y IV, Berlín 1966-1967. Dada la abundante bibliografía sobre las actividades de la socialdemocracia antes de la guerra, simplemente citar, entre las más recientes aportaciones, R. EVANS (ed.), *The German Working Class 1888-1933*, Londres 1982, G. ELEY, «Joining Two Histories: The SPD and the German Working Class, 1860-1914», en *From unification to nazism. Reinterpreting the German Past*, Winchester 1986, pp. 171-199. J. KOCKA (ed.), *Europäische Arbeiterbewegung im 19. Jahrhundert*, Göttingen 1983; S. MILLER y H. POTTHOFF, *Kleine Geschichte der SPD. Darstellung und Dokumentation 1848-1980*, Bonn, 4ed. 1981. E. PRACT, *Parlamentarismus und deutsche Sozialdemokratie 1867-1914*, Colonia 1988.

mente todos los campos de la vida alemana y, con ello, propagar los más altos ideales de la humanidad. Así, Fritz Wildm, al frente de la Federación Obrera Alemana de Deportes, llevaría a la práctica hacia 1920 sus convicciones teóricas acerca de la singularidad del deporte obrero con respecto a los ya conocidos ejercicios burgueses. En contraste a criterios y valores como la competición, el individualismo y la ganancia, fundamentos inherentes a la práctica burguesa, el deporte estrictamente obrero, asentado en el juego y la lucha, formaba el carácter y colaboraba a la realización humana a través de actividades cooperativas, comunes y colectivas. El deporte permitiría a la clase obrera combatir el sentimiento de sumisión e inferioridad en que descansaba el dominio ideológico de la burguesía. Así pues, el tradicional *Arbeiter Turn- und Sportbun* —que ya en 1918 contaba con 890 sociedades y 48.000 componentes— adquiriría nuevos perfiles en la República⁵⁵.

En esta función de lucha y transmisión de nuevos valores no sólo el deporte fue un instrumento y vehículo eficaz. En el caso concreto de la música, a la ya larga tradición de corales obreras alemanas se agrega ahora cualquier otra forma de composición musical que sirva a la acción política. Hanns Eisler, por ejemplo, dirigió sus esfuerzos creativos a la organización cultural proletaria con la Sociedad para el Fomento de la Música Popular (1919). Bruno Schönlank, vinculado a socialdemócratas y comunistas, realizó una aportación fundamental a un nuevo género: la comedia musical. Su *Erlösmy (Redención)* fue una de las primeras comedias musicales obreras de la República.

Deporte, música popular, comedia musical. También la revista de espectáculos, al cabaret, politizaba a los espectadores. Los ideólogos socialistas manejaron las técnicas de estas formas de diversión como armas de organización obrera. Friedrich Holländer musicaba los poemas de W. Mehring o K. Tucholsky en canciones populares entre los círculos obreros —la Melodía Roja fue una de ellas—. Franz Wedekind o Rosa Valenti se encargaron de popularizar en cabarets como *La Fusée* u *Once Verdugos* composiciones cargadas de un intenso componente antigurgués. Todo ello sin olvidar la edición de colecciones de cantos políticos, satíricos, interpretados y compuestos por obreros.

El vasto programa de organización cultural de la clase trabajadora alemana dispuso también de una de las facetas más innovadoras de la eclosión revolucionaria: la actividad teatral y, sobre todo, el Teatro Proletario, indefectiblemente asociado en estas fechas a la personalidad de Erwin Piscator⁵⁶. Ciertamente la tradición de un teatro político, comprometido, se remonta al siglo anterior, y especialmente a los años posteriores a la derogación de las leyes antisocialistas. Ya en la última década del siglo XIX, la socialdemocracia alemana inspiró la fundación de una actividad teatral orientada para el pueblo, la *Volksbühne*. Es esta institución la que a partir de 1918 recobra nuevos bríos y alcanza el momento mayor esplendor. Acompañando la línea evolutiva de la socialdemocracia, la *Volksbühne* incluyó entre su repertorio a los clásicos alemanes y extranjeros; las obras de G. Hauptmann, H. Sudermann, P.

55. W. VAN DER WILL y R. BURNS, «La política de la lucha cultural...» *op. cit.*, en *El dilema de Weimar... op. cit.* pp. 236-237. R. KUHN, *La República de Weimar... op. cit.*, p. 240.

56. Sobre la función del teatro como arma revolucionaria, E. PISCATOR, «Über Grundlagen und Aufgaben des proletarischen Theaters», en *Literatur der Arbeiterklasse*, Berlin, Weimar, 1976. Valoraciones de la actividad de E. Piscator, en A. LANGE: *Berlin in der Weimarer Republik*, Dietz Verlag Berlin, 1987, pp. 747-751. B. SCHRADER y J. SCHEBERA, *Kunstmétropole Berlin... op. cit.*, pp. 46-68. R. KUHN, *La República de Weimar... op. cit.*, pp. 246-247, R. THALMANN, *La République de Weimar... op. cit.*, pp. 85-86.

Wedekind, B. Shaw, O. Wilde, L. Tolstoi, etc., constituían una notable muestra de la educación popular perseguida.

Vinculado inicialmente a la *Volksbühne*, E. Piscator halló en los politizados colectivos socialistas el marco natural para su dirección creativa. Primero en *Das tribunal* (1919-20) de Königsberg, luego en el *Berlin Proletarische Theater* (1920-22), Piscator formuló la *tribuna revolucionaria* (*Bühne der revolutionären*), en la que el teatro se convertía en un instrumento al servicio del movimiento revolucionario. Teórico del teatro comprometido —su libro *El Teatro Político*, 1939—, introduce como director de escena innovaciones que afectan no sólo a la elección de los temas sino también, y especialmente, a las técnicas empleadas. Los primeros montajes (*Banderas*, *Asilo de Noche*, *El Diluvio*, *Bandidos*, o *La Luna del Caribe*) escenifican la legitimidad de la Revolución y permiten, además, una participación activa de los asistentes a la sala. La proyección de cintas de actualidad, con textos acordes y significativos del momento revolucionario, la armonía pretendida entre autor/director/actores, etc., fueron en la *Piscatorbühne* otras tantas fórmulas para la incitación permanente a la revolución proletaria.

Volksbühne y *Proletarischer Theater* evidencian la frenética utilización de la representación teatral al servicio de la organización cultural de las clases trabajadoras. Los dramaturgos alemanes expresionistas se transformaron en una demostración inequívoca de los nuevos valores de la postguerra. En el caso de E. Toller, uno de los principales autores teatrales, su *Die Wandlung* —subtitulada *Una lucha del Hombre*— representa la victoria final del pueblo sobre los ricos burgueses, según se escenifica con el asalto de las fortalezas al grito colectivo de ¡Revolución! ¡Revolución! Un planteamiento de combate similar se reproduce en *Masse-Mensch* (*Masas y Hombre*) o en *Die Maschinenstürmer*. Una trayectoria paralela de implicación con los ideales revolucionarios y las fuerzas socialistas en 1918-19 se delata en Friedrich Wolff, quien descubre en su *Der Unbedingte* (*El hombre sin condiciones*) el crudo enfrentamiento entre capitalistas y obreros, o en la versión de L. Jessner sobre el *Guillermo Tell* de Schiller, donde el montaje expresionista rezuma un mensaje político, con la caricaturización de los junkers, la denuncia de la tiranía y el llamamiento a la revolución.

Música, danza, teatro, deporte... son otras tantas actividades en las que los dirigentes e ideólogos socialistas alemanes intentaron ampliar los horizontes del movimiento obrero alemán. Tales manifestaciones —con sus correspondientes asociaciones— constituyen los pilares de la organización cultural proletaria dirigida a una emancipación cultural, complemento de la lucha por el poder político. También a este fin —desarrollo diferenciado y consciente del movimiento cultural obrero— se encaminaron los esfuerzos por reformar el sistema de enseñanza. En la proyección y aplicación de los ideales culturales socialistas un componente decisivo era la apremiante revisión de todo el organigrama educativo del Estado alemán. Además de las actividades dirigidas a la dinámica de un movimiento obrero cultural, socialistas y comunistas eran sabedores de que la emancipación cultural resultaría mero juego de artificio de no acompañar la reforma escolar y la renovación pedagógica. Las nuevas generaciones serían sus usufructuarias y, en consecuencia, abanderadas de una realidad basada en un sistema no discriminatorio, laico y democrático⁵⁷.

57. M. CAUVIN, *Le Renouveau pédagogique en Allemagne de 1890 à 1933*, Armand Colin, Paris, 1970. J. R. SCHMID, *Le Maître camarade et la pédagogie libertaire*, Maspero, Paris 1979 (redd.). P. LUNDGREEN, *Sozialgeschichte der deutschen Schule im Überblick*, 2 vols. Gotinga 1980-1981. H. SCHNORBACH (ed.), *Lehrer und Schule unterm Hakenkreuz*, Königstein 1983.

No podía de ser de otra forma. El tipo de educación transmitida a los hijos de los obreros alemanes, en general a los hijos de la República democrática parlamentaria y social, permanecía anclada en el pasado y era a todas luces incompatible con los nuevos valores generados por la revolución. Más aún, muy poco tenía que ver incluso con el tipo y naturaleza de enseñanza practicada fuera de las horas lectivas. Las actividades del movimiento de los *Kinderrepubliken* puede ilustrar el debate sobre la imperiosa reforma educativa y la flagrante distorsión en las formas de enseñanza practicadas fuera y dentro de la escuela en la postguerra alemana⁵⁸.

El gran teórico de la Asociación de Amigos de los Niños Proletarios (*Kinderfreuden*), Kurt Löwenstein, se había preocupado de organizar durante los veranos un ingente número de campamentos, en los que los niños proletarios alemanes eran extraídos de las limitaciones físicas e intelectuales de su entorno para, en el transcurso de unas semanas de vacación estival, sumergirse en la amplitud de los escenarios de mar o montaña. Estos Amigos de la Infancia eran repartidos según las edades por grupos: «Polluelos» (8-10 años), «Halconcillos» (10-12 años) y «Halcones Rojos» (12-14 años). Sobre los campos alemanes y bajo la lona de las tiendas, se constituían así una «República Obrera»; sus distintas aldeas se componían de seis a ocho tiendas de campaña y por cada una de ellas se elegía un «delegado», representante del grupo ante el «Parlamento» de la República, regido bajo principios democráticos por los niños y encargado de administrar a los niños obreros. Los principios de tan singular «República Obrera Estival» no eran otros que la autogestión y autoresponsabilidad, como normas que involucraban al conjunto de unos niños que vivían en comunidad.

El peculiar comportamiento de los niños durante las semanas de vacaciones y el papel asumido en la dirección de las colonias de verano chocaba frontalmente con lo que habría de esperarles en las escuelas tras el descanso estival. La enseñanza alemana había sido hasta 1918 el pilar del mantenimiento de una sociedad basada en los privilegios de unos pocos y la explotación de la mayoría. La escuela sólo había servido para perpetuar las divisiones sociales⁵⁹. La *novemberrevolution* conllevó la unanimidad de las corrientes socialistas —divididas políticamente, como ya se ha reiterado— a la hora de acometer la urgente reforma de la enseñanza. Los teóricos de los partidos socialistas en materia escolar (M. Schulz por los socialdemócratas y M. Hoernhe por los comunistas) y los renombrados pedagogos alemanes (Paul Oestreich, Rudolf Steinter, Gustav Wyneken, o Paul Geheeb, entre otros) afrontaron la tarea de renovar formas y contenidos de la enseñanza.

La reforma de la escuela⁶⁰ centró las mayores expectativas y se decantó por el desarrollo de cada alumno al máximo de sus posibilidades y la formación de su personalidad. Principios de liberación humana, reconocimiento de las fuerzas y valores que conducen a la asunción armónica de la existencia, relación de camaradería entre

58. L. RICHARD, *La vie quotidienne... op. cit.*, pp. 136 y 158-162; W. VAN DER WILL y R. BURNS, «La política de la lucha cultural...», en *El dilema de Weimar... op. cit.*, p. 241.

59. K. H. JARAUSCH, *Deutsche Student 1800-1970*, Frankfurt, 1984. El tema escolar de los años postreros a la Gran Guerra y los primeros años veinte es apuntado en Memorias y relatos autobiográficos aparecidos recientemente; entre otros, G. A. GOLDSCHMIDT, *Un jardín en Alemania*, Muchnik Editores, 1990, Trad. M. Muchnik; G. MANN, *Una juventud en Alemania. Memorias*, Plaza y Janés, 1989, Trad. C. Gauger; A. ANDERSCH, *El padre de un asesino*, Lumen, 1984, Trad. M. R. Grau. W. REICH, *Pasión de juventud. Una autobiografía, 1897-1922*, ed. Paidós, 1990, trad. J. Balderrama.

60. R. THALMANN, *La República de Weimar... op. cit.*, p. 72. L. RICHARD, *La vie quotidienne... op. cit.*, p. 159. R. KUHN, *La República de Weimar... op. cit.*, p. 185.

alumnos y profesores, sentido de la comunidad, responsabilidad y solidaridad eran los fundamentos de la nueva escuela alemana y debían ser ejecutados inicialmente en instituciones experimentales y escuelas piloto. Así pues, la escuela se asemejaba a un laboratorio de experimentación pedagógica, con frecuentes visitas a los museos, desplazamientos a lugares históricos, muy lejos de la enseñanza verbal y jerárquica de otros tiempos. La escuela fue lugar de encuentro y convivencia de alumnos y profesores; y no sólo para ellos. También los padres participaron activamente en la vida escolar, a través de reuniones quincenales del consejo de padres —un representante por cada cincuenta alumnos— y los profesores, con el objetivo de dirigir cuantos aspectos afectaban la buena marcha de la escuela (higiene, bibliotecas, manualidades, etc.).

Poco a poco, la escuela alemana de la postguerra aspiraba a convertirse en una institución ajustada y simbólica de la nueva República Democrática Alemana. La escuela aseguraría la transmisión y solidez de los nuevos valores y fórmulas culturales en las generaciones venideras, herederas de los logros de la Revolución Alemana.

* * *

El ideario socialista había resultado clamoroso vencedor en contienda sostenida por el futuro alemán y la superación de la enfermedad que aquejaba su alma (*Seelekrank*). Tras medio siglo de lucha, el socialismo alemán había conquistado el poder; en 1919 más que nunca, la socialdemocracia estaba capacitada para dar forma y contenido a sus aspiraciones tradicionales. La suprema idea socialista y democrática podía ser materilizada desde el control de los adecuados instrumentos del poder político. El objetivo era tan ambicioso como preciso: «la transición del capitalismo al socialismo». En los próximos años —decenas de años, según los más optimistas— se asistiría al ímprobo esfuerzo de construcción y consolidación del proyecto ahora refrendado por la sociedad alemana.